

Conversemos • Carlos Vásquez

Conversar parece algo simple. Acaso sea de las pocas cosas que acarrea misterio.

¿Cuál es ahí el enigma? Conversar es desconocerse, salir en busca de uno. En esa travesía el alma se desinstala, la sensibilidad se depura, la inteligencia encuentra su palabra.

Creo que casi nunca se conversa, si entendemos por ello un acto de invención. Hablar es moverse en terreno movedizo y rozar ahí algo nuevo.

El fardo de lo ya experimentado pesa tanto que hablar exige en principio un desalajo: uno se libera de lo que cree, lo que teme o espera.

Conversar es desaprender, desprenderse de algo, de uno, de todo.

Una vez sueltos, los conversadores se mueven a tientas. Se abre ante ellos una vasta llanura, un mar o un lago: esas imágenes dicen la amplitud, lo insospechado, lo abierto.

Conversar “no es evolucionar sino viajar” (Fernando Pessoa). La conversación no progresa, a veces regresa a su punto de partida y hay veces también en que uno viaja sin moverse. Conversar puede llegar a ser un “viaje inmóvil”.

Uno invita a alguien a su casa para sentarse a conversar. Pero no se crea que se trata de un divertimento: conversando se juega con lo esencial: si se los mira de lejos, los hablantes inspiran una gravedad que pocas situaciones poseen.

Por eso toda conversación es reservada. Hay algo discreto en ese juego: allí se apuestan vidas que tocan, en su oscuridad, su fondo más claro.

Creo que la Universidad es un laboratorio de conversación. En ella se ligan lo personal y lo universal, lo que uno cree y lo que quiere aprender.

Sin la sustancia viva de los conversadores, el saber se vuelve neutro, sin voz. El fuego se apaga y el conocimiento se hunde en fórmulas huecas.

Por eso resulta tan importante que se abran nuevos espacios y se fortalezcan los que existen: el aula y la cafetería, el prado y las mesas de estudio, los corredores y los auditorios. Y por supuesto también, los llamados espacios virtuales, menos reales que los otros por nuestra declarada impotencia.

Hay momentos en que la universidad es un hervidero de conversaciones. Son los momentos

más bellos y a la vez los más verdaderos. Muchas de esas charlas no se oyen, son un murmullo silencioso que no interrumpe ni veda las inteligencias.

Ese rumor sostiene los saberes que buscamos. Sin esos ecos recónditos la universidad encalla en la sordera de los sabihondos.

Me inclino a creer que son esas conversaciones las que alientan nuestra fe en lo humano y en aquello que hace que no se hunda en su lodo: aquellas palabras gozosas y quedas que brillan en los labios de los conversadores.

¿Por qué hablo de esto? Acaba de crearse en la Universidad una comisión de ética. Y hay algo que me asusta de ese espacio: la grandilocuencia de ciertos discursos relacionados con eso y la rigidez que adoptan sus detentadores.

Los valores están cansados de la generalidad y la abstracción. Y más cansados aún de la actitud prepotente de aquellos que dicen actuar moralmente a todas horas.

Quisiéramos que en la Universidad prevaleciera una actitud dispuesta a reconocer la fragilidad de lo humano. “El bien es frágil”, si se me permite la paráfrasis. No es un valor fuerte; el bien no es una roca. Es como la hierba y el viento que lleva.

Una ética de la finitud, que deje sentir nuestra vulnerabilidad. Desprovista de ínfulas, sin apelar a valores incuestionables. Palabras para escribir entre todos, sin vigilancia ni mandato.

Esperaríamos que esta comisión no pontifique ni exija ni demande. Nada de códigos que mutilen la aventura que hay en tomar decisiones.

Ojalá que sepa recoger como un caracol lo que decimos en la Universidad movidos por la aspiración a la verdad y la justicia, y que no traicione nunca esa cadencia.

Uno imagina una Universidad en la que el que quiera pueda venir a conversar; con palabras que se sostengan en el rigor del estudio y la solidaridad.

¿Será que conversando llegará a saltar entre nosotros ese destello? 

Carlos Vásquez (Colombia)

Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.